

MFN 1478

10

CDD 923.5

EL GENERAL

leuterio
JUAN E. ULLOA,

1851 - 1885

San José, A. 1859 -

~~~~~  
BOGOTÁ.  
~~~~~

IMPRESA DE VAPOR DE ZALAMEA HERMANOS.
1885

*In honor
J. A.*

EL GENERAL JUAN E. ULLOA.

Oui, terrible mais bon ; formidable, mais doux.

VÍCTOR HUGO—*La Légende des siècles.*

I

Pudieron espíritus superficiales ó extraviados juzgar de modo lisongero el éxito de la última revolución, porque es cosa natural que el hombre se incline á dar por cierto aquello que desea vivamente. Pero las personas reflexivas no se equivocaron al vaticinar que la rebelión no serviría sino para precipitar la reforma que los mismos revolucionarios quisieron hacer imposible apelando á la guerra.

Ocurrir á las armas será en todo caso la última razón del derecho atropellado. No siempre le es fácil á la justicia asegurar su dominio únicamente con la majestad de la ley. Opónese con frecuencia la malicia humana, de suyo revoltosa y desordenada, á su tranquilo imperio. Entonces la fuerza es á un mismo tiempo el derecho, por lo mismo que sólo con aquélla se puede dar amparo á éste. No así cuando la guerra se ofrece como válvula violenta de cóleras y ambiciones comprimidas, ó como solución desesperada de cuestiones que sólo puede resolver la inteligencia.

Los que sin más freno que su apetito lanzan un país á las iras civiles, argumentan siempre de acuerdo con su provecho, ó con su orgullo ó con sus odios.

“La revolución es necesaria (dijeron los agitadores) porque no queda más recurso á nuestra esperanza de poder que la aventura del combate. No seremos vencidos porque somos el mayor número, ó los mejores, y, de consiguiente, los más fuertes. No pasa un partido por las regiones del Gobierno sin dejar huellas de su paso. Dirigimos la enseñanza pública mientras fué nuestra la dominación, y por eso contamos con falanges innumerables de voluntades juveniles. Nuevas generaciones viva-

quearán en nuestro campamento y junto con su valor entusiasta de adolescentes nos llevarán la generosa índole propia de sus años. En cuatro lustros de gobierno mantuvimos un Ejército, modelo de ordenanza, cuyos principales elementos constituyen el actual. El soldado no olvida sus hazañas y menos á aquellos que venció. Los triunfos de 1876 y 1877 resucitarán en la memoria de los legionarios con el mágico esplendor de las pasadas glorias. Los cosechados laureles los incitarán á nueva cosecha; y los nombres de nuestros caudillos, que tántas veces les condujeron á la victoria, bastarán, apenas pronunciados, á servirles de común bandera. Esos caudillos son históricos, porque un cuarto de siglo les sirve yá de avanzada de la fama. Hombres de Estado egregios se cuentan en nuestras filas, capaces de distinguirse en cualquier país donde el talento y la ciencia sirvan de pedestal á toda gloria legítima. Esos hombres están acostumbrados á meditar sobre los más hondos y graves problemas que agitan á las sociedades modernas, sin que hayan sentido desaliento ni fatiga. Son hombres fuertes porque en vez de volver la espalda á la lucha aceptan sin vacilar las consecuencias de sus convicciones. No admiten términos medios, porque para ellos la verdad es principio y fin de

todas las cosas. El país sabe á qué atenerse respecto á esa gente colecticia, advenedizos de la sombra, que á fuerza de trapacerías ha logrado encumbrarse rastreando la montaña. Núñez es el único que piensa en el contrario bando ; ¿ cómo uno habría de resistir á tantos pensadores? Nos sentimos humillados bajo este régimen porque la vergüenza arde en nuestras frentes como la fiebre. Hemos soportado hasta ahora tanto bochorno, porque nuestro patriotismo esperaba una reacción pacífica del decoro. Mas yá la medida se ha colmado : la Patria es sierva prostituida de histriones indecentes, y á tal punto ha llegado la corrupción que un gran partido ha abdicado su dignidad para convertirse en payaso de un círculo reducido de farsantes. ¿ Por qué no hemos de redimirnos de esta infamia? ”

“ La guerra civil es la más grande de las miserias (pensaban los independientes); y sólo reuniéndonos antes en nuestras conciencias podremos aceptar este audaz desafío. No lo hemos provocado, puesto que hemos hecho un llamamiento á la concordia nacional. Va para diez años que proclamámos la fraternidad de los colombianos como elemento cardinal de una sana política ; y si hemos hablado de apaciguamiento, se nos ha tildado de bizantinos. Hemos pedido la reforma de unas instituciones

desacreditadas, y nos han acusado de apostasía por el sólo hecho de ser amigos de la renovación de las ideas. Hemos demostrado la necesidad de fundar un Gobierno serio, respetable y firme, y á nuestras demostraciones se contesta llamándonos absolutistas. Porque no queremos que la educación calcine las almas en vez de iluminarlas, se nos ha apellidado oscurantistas y fanáticos. Tendemos nuestra mano de aliados á un gran partido, cuya existencia es tan antigua como el país, y se nos vitupera de renegados y traidores. Todos nuestros proceder es delitos ; toda nuestra sinceridad hipocresía ; todas nuestras intenciones iniquidades. Tenemos por delante una aristocracia soberbia que á nuestros derechos responde no más que mostrándonos sus ejecutorias. A los ojos de esa aristocracia no merecemos otra cosa que su látigo. Aunque nuestras ideas sean justas y santas, y ellos mismos las admitan, basta que hayan pasado por nuestras mentes para contaminarse de impureza. Se ufanan de su abolengo político sin cuidarse del calificativo que dará la Historia á una célebre madrugada. Se jactan de sus talentos eminentes y nos desprecian á nosotros, los ignorantes, sin duda porque no saben que el vasto laboratorio de la Naturaleza produce incesantemente. No prevén los desastres y tienen ciega confian-

za en la estrategia de sus veteranos, porque de todas las esperanzas ningunas son más tenaces que las de la vanidad. Cuando la anarquía amenaza el orden social, no hay partidos intransigentes, porque el deber de todos es aliarse contra el peligro común. Primero es conservar que reformar, como primero es existir que marchar adelante. Nos tratan de serviles porque obedecemos á un solo Jefe ; pero nunca fué de sabios dividir el mando para hacer nula la obediencia. Un hombre ilustre nos guía, y nosotros le seguimos, porque no ha habido nunca evolución del espíritu humano que haya sido realizada por chusmas deliberantes. Nos juntaremos, sin escrúpulos ruines, con los conservadores porque ellos son colombianos y tienen derecho también á poseer la tierra en que nacieron. Mandamos un Ejército cuyo nombre es lealtad y honor : la traición no podrá sorprendernos. Una juventud inteligente, estudiosa y seria, desligada de las preocupaciones de una educación intolerante, marchará á nuestra vanguardia, serena y pensativa. Recogemos el guante con tristeza, pero sin miedo. Con Dios y nuestro derecho venceremos. Del mal brotará la salud de la República. No faltarán en la hora suprema instrumentos de lo Alto.”

II

Puede, con efecto, decirse al partido legitimista lo que á la mujer del Evangelio: Tu fe te ha salvado.

La reacción radical había ido en aumento desde la Administración del señor Zaldúa. No soplaron sino vientos radicales desde 1882 hasta 1884. La revuelta, pues, debía ser formidable, porque muchas pasiones andaban preparándola, y muchos hombres de corazón y de cabeza la alentaban poderosamente. Mas ¿quién hubiera de decir, aun con el optimismo más exagerado, que la causa del orden habría de ser tan afortunada como lo fué? Espíritus religiosos han sentido una mano invisible regir estos sucesos con voluntad soberana. Apenas principió la guerra, cuando ya fué evidente que el viejo partido radical no era el único depositario de la ciencia ni del heroísmo. De súbito, como en todas las grandes ocasiones, hombres predestinados salieron de la sombra.

Muestra Payán en el Cauca indómita energía y decisión inquebrantable, é infunde en los que le rodean sus propias virtudes. Renueva Matéus con sus abnegados compañeros los prodigios leyendarios de la Conquista; y el mar del Sur contempla, al cabo de siglos, expedición tan sólo digna de Pizarro ó de Balboa. Prueba Angulo, al frente de dós Departamentos de la Administración pública, que se parece á Pitt en lo precoz; y Julio Pérez, llenando sin tregua un exhausto Tesoro, demuestra que la inteligencia es la verdadera piedra filosofal. Las montañas de Antioquia miran con asombro que un General de veinte y tres años, estudiante aún, dé cargas bizarras al lado de un caudillo mentado; y, hermosa y terrible, Cartagena se alza en el asedio como la Palas antigua. Hambreados, desnudos, pero infatigables, soldados de una epopeya fantástica llevan, desde la cumbre de los Andes, á las playas ardientes del Atlántico, el terror que conturba á los rebeldes; y en el paradisaico valle del Cauca, en donde la naturaleza de los trópicos palpita de voluptuosidad, la Victoria corona sonriendo la frente de JUAN E. ULLOA.

III

Vástago de una raza egregia, JUAN E. ULLOA pudo enorgullecerse más de sus propios méritos que de su cuna. La gloria de los antepasados nos enamora; pero si no la extendemos con nuestras obras bastardeamos de nuestro origen. Nobleza obliga, y quien dilata la suya es porque la virtud lo realza. JUAN ULLOA heredó cualidades de hombre grande; fué labor suya disciplinarlas y trabajo de su inteligencia y de su voluntad asentarse en punto culminante. De él puede decirse que amaba la gloria castamente: se parecía á aquellos antiguos caballeros andantes, que en vez del provecho buscaban la justicia. El peligro lo fascinaba, porque sabía que para crear hay que sentir los estremecimientos de lo ignoto. Combatía por su ideal, como por su dama un paladín de la Tabla-Redonda; acaso sin esperanza de una sonrisa. Su corazón era urna perfumada de sentimientos inefables; se le hubiera creído una lira que vibraba de continuo melodías silenciosas. Era hosco al po-

deroso, terrible con el malvado, y dulce como un panal para la debilidad y la inocencia. Su valor se erguía altanero en el campo, y se inclinaba humilde ante el vencido. Despreciaba á los traidores y aborrecía la traición. “El Gobierno, les dijo á los traidores de Cali, ha depositado en mí su dignidad y su honra; y antes que aceptar vuestras condiciones infames resistiré y venceré, porque cuento con pechos valerosos que prefieren la muerte á la deshonra.” Bayardo no respondió mejor al Condestable de Borbón; mas, como Bayardo, ULLOA era sin miedo y sin tacha. Debilidades pasajeras no asombraron el resplandor de aquel espíritu, así como las nubes de verano no oscurecen los cielos azules. Flaco es el hombre, y quien ponga sólo de manifiesto las flaquezas para condenar la conciencia humana es un imbécil ó un malvado. JUAN E. ULLOA tuvo la fortaleza de todos los que luchan en el circo: vosotros, los espectadores egoístas, no tenéis derecho á exigir que el gladiador vuelva sin polvo en los vestidos. Porque lidió, porque amó, porque trabajó, porque pensó es por lo que su memoria tiene el valor de lo sagrado.....

IV

Caíste, oh vencedor magnánimo ! en hora temprana, herido de flecha invisible ; mas llenaste de acciones excelsas tu vida cortísima hasta dejarnos perdurable ejemplo. La muerte te robó á la Patria y la familia ; pero ¿ acaso no debemos consolarnos al pensar, como el poeta griego, que el amado de los dioses muere joven ?

De tí, podemos despedirnos con aquellas nobles y hermosas palabras que Tácito pone en la *Vida de Agrícola* :

“ Si hay algún sitio para las almas de los hombres pios ; si, como quieren los sabios, no mueren con el cuerpo las ánimas grandes, reposa en paz ; y á nosotros levántanos del deseo en-

fermo y llanto mujeril á la contemplación de tus virtudes, para que con admiración y loores inmortales te honremos, y, si la naturaleza nos diere fuerza para ello, te imitemos.”

Bogotá, 10 de Diciembre de 1885.

JOSÉ ANGEL PORRAS.